

# MONSTRUOS Y FOSILES: DIFERENCIA E IDENTIDAD EN MICHEL FOUCAULT

Angel Gabilondo

*Si bien es necesario el silencio de la razón para curar los monstruos, basta que el silencio esté alerta para que la separación permanezca.* L'ordre du discours, pág. 15.

Suponer que en los textos recogidos bajo el epígrafe *Michel Foucault* se propone una entronización de una pretendida diferencia, como agresivo sustituto al imperio de la identidad, es desconocer que el quehacer de tales textos impide tal simplificación. Pensar en Foucault como *autor de una filosofía de la diferencia* no sólo significa una desconsideración de aquellos textos, y un situarse abiertamente fuera de ellos, sino que muestra hasta qué punto tanto Foucault como su supuesta diferencia son leídos con la lente de la identidad.

En *Las Palabras y las Cosas* Foucault subraya en el capítulo *Clasificar* que el monstruo y el fósil forman, entre el cuadro y el continuo, la región sombría, móvil, temblorosa en la que lo que el análisis definirá como diferencia asignable y constante no es aún sino variación libre y azarosa.<sup>1</sup> Es la sugerencia de estas páginas la que nos insta a considerar la posibilidad de pensar y pensarnos en ésta **región sombría y temblorosa, incierta**, en la que quizás quepa un lenguaje que no quede fijado en analogías mudas ni perdido en variaciones azarosas.

Preguntarse por la procedencia y emergencia de los monstruos y fósiles es asistir con Foucault a una historia sin origen en la que los discursos en tanto que prácticas que obedecen a unas reglas no permiten ser analizados como signo de otra cosa, buscando los pensamientos, las reglas, las representaciones, las imágenes, los temas o las obsesiones que se ocultan o se manifiestan en ellos, como si fueran **documen-**

<sup>1</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. Ed. Gallimard, París, 1966, pág. 170 (Trad. Siglo XXI, 1968, pág. 157).

Foto utilizada por Delacroix como modelo para sus cuadros.

**tos.** Nuestro quehacer se dirige al discurso en su volumen propio, a título de **monumento**. No se trata por tanto de términos que inciten a la búsqueda de un comienzo ni que emparenten el análisis con excavaciones o sondeos geológicos.

El trabajo de campo que aquí se propone ha de realizarse precisamente en el campo del lenguaje, en este **espacio** que está definido *no por la Retórica sino por la Biblioteca*<sup>2</sup>. La arqueología que proponemos de la mano del funcionamiento mismo de los fragmentos de Foucault no es una doxología, sino que trata de mostrar en qué juego de reglas, que ponen en obra, monstruos y fósiles son irreductibles: seguirlos a lo largo de sus **aristas** exteriores para **subrayarlos mejor**. Tal quehacer pasa por definir los discursos en su especificidad, hacer un análisis diferenciado de las modalidades del discurso. En realidad, se trata de un ejercicio de reescritura.

Este ejercicio es así, no tanto el intento de repetir lo dicho ni de restituir lo pensado, sino de **restablecer-inaugurar** un campo de intemperie en el que monstruos y fósiles puedan discurrir epidérmicamente como seres vivos. La arqueología es ahora asimismo una genealogía<sup>3</sup>. La búsqueda de la procedencia no funda, sino que antes bien renovará aquello que se percibía inmóvil, mostrará la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo. La emergencia liberará nuestros saberes acerca de ellos, reactivará su carácter local y en lugar de su sometimiento propondrá **hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coacción de un discurso teórico, unitario, formal y científico**<sup>4</sup>.

### **Una diferencia que garantiza la continuidad**

El propio Foucault destaca que en el siglo XVI lo que distinguía a las especies de pájaros no era tanto las diferencias entre ellas, sino el hecho de que, por ejemplo, una viviera en el agua y otra ahuyentara la noche. De este modo, la **identidad** de las plantas y los animales quedaba asegurada por la marca positiva de la que eran portadoras, haciendo que cada especie se señalara por sí misma, independientemente de las otras. Pero a partir del siglo XVII ya no puede haber más signos que los que se encuentran en el análisis de las representaciones se-

<sup>2</sup> FOUCAULT, M., *Le langage à l'infini*, *Tel Quel*, Automne 1963, n.º 15, págs. 44-53, pág. 53.

<sup>3</sup> *Herkunft* (procedencia) y *Entstehung* (emergencia) indican mejor que *Ursprung* el objeto propio de la genealogía. FOUCAULT, M., *Nietzsche, la Genealogía y la Historia*, en «Microfísica del poder», Las Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1978, pág. 189 págs. 7-29, pág. 12.

<sup>4</sup> FOUCAULT, M., *Curso del 7 de enero de 1976*; en «Microfísica del poder», págs. 125-137, o.c., pág. 131.

gún las identidades y diferencias. Un animal o una planta es lo que no son los otros, no existe en sí mismo sino en la medida en que **se distingue**: *La identidad y lo que la marca se definen por el resto de las diferencias.*<sup>5</sup> Queda claro, en cualquier caso, que sólo puede establecerse un orden general de diferencias si ello implica un cierto juego de similitudes.

El problema, como Foucault señala, no se resuelve en una opción entre un **fijismo** clasificador de los seres de la naturaleza en un cuadro permanente y una **especie de evolucionismo**, con visos de historia inmemorial, sino en el reconocimiento de que no se trata sino de dos **exigencias simultáneas, complementarias e irreductibles**, en un horizonte en el que la continuidad es la auténtica protagonista. La clasificación generalizada se establece en la sucesión del tiempo, en una suerte de espacio lineal en el que, siquiera como casillas en blanco, se inscriben las variables preestablecidas: *es un solo y mismo ser vivo que persiste a través de los avatares de la naturaleza y llena así todas las posibilidades que el cuadro taxonómico deja abiertas*<sup>6</sup>. La continuidad se lee como sucesión y el texto es un **continuo tejido** en el que las diferencias siempre son olvidadas o abortadas, asegurando y confirmando el proyecto de un ser cada vez más complejo.

Si los seres adquieren diversos caracteres, ello se debe a variaciones sucesivas en una red con numerosos grados posibles de complejidad y de combinación. Repetidos rodeos y una inmensa serie de ensayos confirman a los monstruos como pertenecientes asimismo al plan universal de ser; naturales, a pesar de ofrecer fenómenos diferentes o servir de paso a formas vecinas. Al constituirse en preparación para ulteriores combinaciones **contribuyen al orden de las cosas**. La continuidad se ve así garantizada por el fondo de las variaciones posibles. De este modo la *aberración aparente de las formas*, la proliferación de monstruos, **constituye y hace tiempo**, precisamente en la medida en que aquellos caben ser enmarcados, configurando un cuadro, por carecer de futuro. *El monstruo asegura, en el tiempo y con respecto a nuestro saber teórico, una continuidad que los diluvios, los volcanes y los continentes hundidos mezclan en el espacio para nuestra experiencia cotidiana.*<sup>7</sup> Y con ello, *a partir del poder del continuo que posee la naturaleza, el monstruo hace aparecer la diferencia*<sup>8</sup>.

Pero, por otra parte, las huellas de la metamorfosis de las formas vivas quedan fijadas, ofreciendo referencias de las similitudes. *El fósil es el que permite subsistir las semejanzas a través de todas las desviacio-*

<sup>5</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 157 (trad. pág. 145).

<sup>6</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 166 (trad. pág. 153).

<sup>7</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 169 (trad. pág. 156).

<sup>8</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 170 (trad. pág. 157).

nes recorridas por la naturaleza, funciona como una forma lejana y aproximativa de identidad<sup>9</sup>. Con su naturaleza mixta de animal y mineral es el lugar privilegiado de la semejanza exigida por el historiador del continuo.

El decir de esta identidad y aquella diferencia es, con todo, un decir que no dice efectivamente aquello que sugiere e insinúa. La región sombría y móvil que configuran es asimismo **muda** y la intemperie que dibujan no es aún lo suficientemente **superficial** para confirmarse epidérmicamente: *sobre el fondo del continuo, el monstruo cuenta como en caricatura, la génesis de las diferencias y el fósil recuerda en la incertidumbre de sus semejanzas, los primeros intentos obstinados de identidad*<sup>10</sup>. Pero aquel **contar** y **este recordar** no están todavía suficientemente vivos, al no configurar aún la región intermedia como región discursiva.

Liberar el lenguaje que monstruos y fósiles parecen querer esbozar, pasa también ahora por recomponer un decir asimismo fragmentado pero que en cualquier caso cae nuevamente en manos de un lenguaje sujetado. Liberarse del sujeto será asimismo no ceder a esta sujeción. Hay taxonomía porque se lee la naturaleza como **continuum**; continuum que se ofrece a la vez como supuesto y condición del lenguaje mismo. *La historia natural es contemporánea del lenguaje y clasificar y hablar tienen un lugar de origen en ese mismo espacio que la representación abre en el interior de sí misma, ya que está destinada al tiempo, a la memoria, a la reflexión y a la continuidad*<sup>11</sup>. Y, en este sentido, los monstruos no pasan de ser el **ruido** de fondo, el **murmullo** ininterrumpido de la naturaleza. Mientras tanto, la historia natural, imperturbable, no parece **asustarse** por estas diferencias clasificables en un lenguaje sin fisuras, en el que *las cosas y las palabras se entrecruzan con todo rigor*<sup>12</sup>.

### Fosilización y encierro de la diferencia

Sólo la irrupción de un monstruo vivo, el loco, que recuestiona el propio carácter de la vida como categoría de clasificación y no se deja recoger sin forcejeos en un lenguaje, obliga a reconsiderar no sólo el alcance de la misma vida como *noción periférica*<sup>13</sup>, sino que además,

<sup>9</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 170 (trad. pág. 157).

<sup>10</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 170 (trad. pág. 157).

<sup>11</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 171 (trad. pág. 159).

<sup>12</sup> FOUCAULT, M., *Les mots et les choses*, o.c., pág. 173 (trad. pág. 160).

<sup>13</sup> FOUCAULT, M., *La naturaleza humana ¿justicia o poder?*, Cuadernos Teorema, Universidad de Valencia, 1976, 81 págs., cfr., pág. 16.

al alojarse en aquel límite incierto en el que no se sabe si hablarse o no de vida, es prácticamente fósil. Este monstruo, que vive *la ausencia de obra*<sup>14</sup> en un lenguaje que se calla en su superposición así mismo, siendo a la vez la ausencia de libro<sup>15</sup>, designa más bien la forma vacía y fósil de que proviene, el lugar donde no cesa de estar ausente.

El surgimiento del **objeto-locura** deja sin palabras al loco. Nace así el discurso *acerca de él, sobre él...* Queda silenciado con ello este egoísmo sin recurso ni separación y esta fascinación por lo que hay de más exterior en lo inesencial<sup>16</sup>. Esto es en concreto lo que caracterizaba al loco: la inviabilidad de que su discurso pudiera circular como el de los otros. Al carecer su palabra de valor, era ignorada, olvidada, o se le otorgaban poderes extraños. En cualquier caso, *a través de sus palabras era como se reconocía la locura del loco, ellas eran el lenguaje en que se ejercía la separación, pero nunca eran recogidas o escuchadas* y, en definitiva, a pesar de que estas palabras *originaban la diferencia, todo este inmenso discurso del loco regresaba al ruido*<sup>17</sup>.

Los monstruos quedan así secuestrados, no excluidos del lenguaje, sino algo más sutil y provechoso: **ligados** y **fijados**. Frente a la reclusión del siglo XVIII, dirigida esencialmente a excluir a los marginales o reforzar la marginalidad, el siglo XIX perseguirá como finalidad la inclusión y normalización<sup>18</sup>. Los monstruos son así fosilizados provechosamente en un lenguaje en el que su cuerpo y su tiempo son productivos. Con ello, en la epidermis del cuerpo, ahora cuerpo social, se da a ver el fondo de toda supuesta enfermedad en el espacio de este cuerpo mismo.

Sin embargo, esta decisión que nos aleja de los monstruos, los confirma como fósiles, situándonos en el interior de aquel **logos** que dejaba dialogar en sí lo que más tarde se denominará razón y locura. Asistimos ahora al punto en el que el diálogo se rompe en dos soliloquios: esta **decisión** liga y separa, produce un desgarró, una censura, una separación, una disensión. El loco ya no pasea como en la ciudad de la

<sup>14</sup> FOUCAULT, M., *La folie, l'absence d'oeuvre*. La Table Ronde, mai, 1964. Se añade como apéndice a la reedición de *L'Histoire de la folie à l'âge classique*, ed. Gallimard, 1972 (trad. *Historia de la locura en la época clásica*, 2.ª ed., F.C.E. México, 1976, II t., 576 y 413 págs., cfr. 328-340, t. II).

<sup>15</sup> BLANCHOT, M., *L'absence du livre*, Rev. L'Ephemère, n.º 10 (trad. ed. Caldén, B. Aires, 1973, 67 págs.) y en *L'entretien infini*, ed. Gallimard, 1969, 643 págs. ap. III.

<sup>16</sup> FOUCAULT, M., *Histoire de la folie à l'âge classique*, ed. Gallimard, 1972, 583 pág., pág. 368 (trad. 2.ª ed. F.C.E. México, 1976, 576 y 413 págs., t. II, pág. 15).

<sup>17</sup> FOUCAULT, M., *L'ordre du discours*, ed. Gallimard, París, 1971, págs. 13-14 (trad. Barcelona, Tusquets ed., 1973, págs. 13-14).

<sup>18</sup> FOUCAULT, M., *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, 1980, pág. 128.

Edad Media, sino que navega embarcado y alejado. Disensión que pretende marcar que *se trata de una división de sí* <sup>19</sup>.

No cabe por tanto sino preguntarse con Derrida <sup>20</sup> si al querer escribir la historia de la decisión, de la diferencia, no se corre el riesgo de constituir la división en acontecimiento o en estructura sobreviviente a la unidad de una presencia originaria; si la escisión y la disensión están ligadas a la posibilidad misma de la historia; si ésta, en última instancia, no reina como pensamiento finito gracias a la opresión de la locura. Si, en definitiva, desde su primer soplo, la palabra, sometida al ritmo temporal de crisis y de sueño, no abre su espacio de palabra, sino encerrando, secuestrando o fijando la locura. Ya no sólo todos somos psiquiatrizables <sup>21</sup>, sino vigilantes higienistas, soldados del orden, bajo el peso de una ley fósil que perpetúa la identidad y que necesita de monstruos fijados. Con todo, Foucault destaca que los mecanismos más numerosos, más eficaces y más incisivos funcionan en los intersticios de las leyes, según modalidades heterogéneas al derecho. Sin embargo, en cualquier caso, en función de objetivos que no son el respeto a la legalidad, sino la regularidad y el orden <sup>22</sup>.

### Diferencia e historia efectiva: el suceso

Pero esta historia es ya otra historia: comienza a serlo. Frente a aquel continuum en el que el monstruo y el fósil eran algo tan natural, la propuesta de Foucault no es ya tanto **suprimir** continuidades cuanto **diferenciarlas**. Lo que unifica los enunciados no es ni la unidad del discurso ni la unidad del objeto, sino la ley de aparición y de transformación, la ley de repartición de los objetos en un espacio de emergencia y de práctica. Frente a aquel *quehacer tan natural*, no se trata ya de reconstruir cadenas de inferencia o establecer tablas de diferencias, sino de **describir sistemas de dispersión**, fundamentalmente *la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo* <sup>23</sup>. Con ello, la historia de lo Mismo (una arqueología de las ciencias humanas) es, en esta dispersión, a su vez, la historia de lo Otro (*una arqueología de la locura y una arqueología de la mirada clínica*).

<sup>19</sup> DERRIDA, J., *Cogito et histoire de la folie*, en *L'écriture et la difference*, ed. du Seuil, 1976, pág. 62.

<sup>20</sup> DERRIDA, J., *Cogito et histoire de la folie*, o.c., págs. 65, 67 y 94.

<sup>21</sup> FOUCAULT, M., *Presentación a CASTEL, El orden psiquiátrico*, en ed. La Piqueta, Madrid, 1980, págs. 7-11, pág. 9.

<sup>22</sup> FOUCAULT, M., *Presentación a CASTEL R., El orden psiquiátrico*, a.c., pág. 11.

<sup>23</sup> FOUCAULT, M., *L'archéologie du savoir*, ed. Gallimard, París, 1969, cfr., págs. 53 y 74 (trad. Siglo XXI, México, 1978, cfr., págs. 62 y 90).

Poner en juego sistemáticamente lo discontinuo es reconocer que la historia deja de ser la reconstrucción de los encadenamientos, más allá de las sucesiones aparentes. Lo discontinuo no es ya una fatalidad exterior que haya de reducirse, sino un concepto **operativo**. No hay ya una ley que dé cuenta del rostro de una época, de un sistema de relaciones homogéneas, de una misma y única forma de historicidad. Y sobre todo, ya no hay garantía para el sujeto de que cuanto se le ha escapado podrá serle devuelto; ya no cabe *la promesa de que el sujeto podrá un día —bajo la forma de la conciencia histórica— apropiarse nuevamente todas las cosas mantenidas lejanas por la diferencia, restaurará su poderío sobre ellas y en ellas encontrará su morada*<sup>24</sup>. Desde esta perspectiva, sin esa promesa, todos somos monstruos y por ello ya nada lo es.

De este modo, la desaparición sistemática de las unidades ya dadas permite, ante todo, restituir al enunciado su singularidad de **acontecimiento**. Ahora, de la mano de Foucault, ha de tenerse presente la **incisión** que configura su irreductible emergencia. La unidad del discurso a través del tiempo no se constituye sobre esas figuras individuales perdidas, que ni siquiera comunican, ni por el encadenamiento lógico de las proposiciones que aventuran, ni por la recurrencia de los temas: comunican por la forma de **positividad** de su discurso; positividad que desempeña el papel de lo que podría llamarse un **apriori histórico**: conjunto de reglas que **recorta** un campo posible del saber y **define** las condiciones en que puede sustentarse un discurso.

Foucault, al dirigirse desde esta perspectiva a los *agorafóbicos de la historia y el tiempo, a todos esos que confunden ruptura e irracionalidad*, muestra hasta qué punto analizan toda modificación en el campo de una inercia, en el que la continuidad es el **elemento-soporte** al que debe referirse el resto, en el que debe analizarse todo movimiento en el campo de aquella gravitación. Su obsesión se encamina, a través de la neutralización y el rechazo, hacia una pasividad original. Pero, por otra parte, no faltan quienes pretenden reducir el pavor agresivo de los monstruos y el insidioso decir mudo de los fósiles, atribuyendo a lo discontinuo el papel concedido hasta ahora a la continuidad.

Ahora bien, Foucault no es sin más un filósofo de la discontinuidad. La arqueología que nos va a conducir al hallazgo de monstruos y fósiles como un acontecimiento, *hace jugar lo continuo y lo discontinuo, pretende mostrar cómo lo continuo está formado de acuerdo con las mismas condiciones y según las mismas reglas que la dispersión; y además, hacer que entre —ni más ni menos que las diferencias, las invenciones, las novedades o las desviaciones— en el campo de la práctica discursi-*

<sup>24</sup> FOUCAULT, M., *L'archéologie du savoir*, o.c., cfr., págs. 21-22 (trad., pág. 20).





va<sup>25</sup>. En realidad, lo que se pretende es liberar, ante todo, el juego de las analogías y diferencias, tal como aparecen al nivel de las reglas de formación.

La historia no es ya *la de los historiadores*, sino la historia efectiva, aquella que pasa por la necesidad de **descuartizar** cuanto permita el juego consolador de los reconocimientos. Introducirá lo discontinuo en nuestro mismo ser. *Dividirá nuestros sentimientos, dramatizará nuestros instintos, multiplicará nuestro cuerpo y lo opondrá a sí mismo. No dejará nada debajo de sí que tendría la estabilidad tranquilizante de la vida o de la naturaleza, no se dejará llevar por ninguna obstinación muda hacia un fin milenarío. Cavará aquello sobre lo que se le quiere hacer descansar y se encarnizará contra su pretendida continuidad. El saber no ha sido hecho para comprender, ha sido hecho para hacer tajos*<sup>26</sup>. El suceso ha de surgir en lo que pueda tener de único, de cortante. De ahí que la descripción arqueológica no se efectúe en un círculo cerrado e ideal, sino que *lo que se quiere sacar a la luz es ese nivel singular en el que la historia puede dar lugar a tipos definidos de discurso, que tienen a su vez su propio tipo de historicidad y que están en relación con todo un conjunto de historicidades diversas*<sup>27</sup>.

El análisis arqueológico no quedará por tanto centrado sólo en el descubrimiento de las continuidades oscuras que hemos incorporado, ni en la comprobación, a partir del estudio de su formación, de la utilidad que dichas continuidades tienen en su actuación en la actual economía de nuestras condiciones de existencia, sino que además este *análisis histórico-arqueológico permitirá determinar a qué sistema de poder están ligadas estas bases o continuidades y, por consiguiente, cómo abordarlas*<sup>28</sup>. El quehacer es asimismo genealógico, asistiendo a la procedencia y emergencia discursiva de lo que aquí vienen siendo monstruos y fósiles. Emergencia de una nueva concepción del poder que surge de entre las escamas del **pavé** parisino<sup>29</sup>, como expresión de que en el seno de toda epidermis fosilizada, la dispersión ha de abrirse paso desgarrando. La procedencia y la emergencia nos hacen ver que precisamente las fuerzas presentes en la historia no obedecen ni a un destino ni a una simple mecánica. No cabe por tanto sino *sumergirse* en esa epi-

<sup>25</sup> FOUCAULT, Michel, *L'archéologie du savoir*, o.c., cfr., pág. 228 (trad., pág. 293).

<sup>26</sup> FOUCAULT, M., *Nietzsche, la Genealogía la Historia*, en *Microfísica del Poder*, ed. La Piqueta, págs. 7-29, pág. 20.

<sup>27</sup> FOUCAULT, M., *L'archéologie du savoir*, o.c., pág. 215 (trad., pág. 277).

<sup>28</sup> FOUCAULT, M., *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, ed. Gedisa, 1980, 174 págs., pág. 171.

<sup>29</sup> Se destaca en este sentido la decisiva influencia en los planteamientos de Foucault, de mayo del 68 y de la fundación del G.I.P. (Grupo de Información de Prisiones).

Foto utilizada por Delacroix como modelo para sus cuadros.

dermis y **permanecer** en ella para captar las perspectivas, desplegar las dispersiones y las diferencias; dejar a cada cosa su medida y su intensidad. De este modo, la historia **efectiva** realiza en vertical al lugar en que está, la genealogía de la historia. De aquí que *a la solemnidad del origen es necesario oponer, siguiendo un buen método histórico, la pequeñez meticulosa e inconfesable de esas fabricaciones e invenciones*<sup>30</sup>. Sólo de este modo la historia será efectiva. Se abre con ello un **nuevo espacio** y surge así **otro tiempo**.

### El retorno como espacio de la identidad y diferencia

Frente a **Cronos**, que era el tiempo del devenir y del nuevo comienzo, el devenir monstruoso y sin ley, la gran devoración de cada instante, irrumpe **Aion**, que es el propio volver, la línea recta del tiempo, esta grieta más rápida que el pensamiento, más delgada que cualquier instante, que hace surgir el presente. El tiempo ya no es mero **Cronos** como tiempo de la Memoria, que entiende el devenir desde el presente como absoluto, aunque sea dialéctica y evolutivamente<sup>31</sup>. Aquel tiempo del devenir histórico, del devenir como sucesión, como evolución, cede ahora ante **Aion**, tiempo orgánico en el que el presente no cesa de volver, pero como singular diferencia. *Lo que no vuelve es lo análogo, lo semejante, lo idéntico. La diferencia vuelve y el ser, que se dice de la misma manera que la diferencia, no es el flujo universal del Devenir, ni tampoco el ciclo bien centrado de lo Idéntico, el ser es el Retorno liberado de la curvatura del círculo, es el volver*<sup>32</sup>.

Con ello, los monstruos ya no son simplemente el resultado de un devenir en el que la metamorfosis produce efectos azarosos sorprendentes al quehacer crónico, no son ya la plasmación en el tiempo de una espontaneidad sin finalidad,<sup>33</sup> son fundamentalmente un **espacio**, un territorio **de frontera**, un espacio controlado por un cierto poder. Y es ahora, de la mano de la invitación del propio Foucault, cuando aquel tiempo que es **el volver** ha de ser leído como espacio. *Metaforizar las transformaciones del discurso por medio de un vocabulario temporal conduce necesariamente a la utilización del modelo de la conciencia individual, con su temporalidad propia. Intentar descifrarlo, por el contrario, a través de metáforas espaciales, estratégicas, permite captar con precisión*

<sup>30</sup> FOUCAULT, M., *La verdad y las formas jurídicas*, o.c. pág. 22.

<sup>31</sup> DELEUZE, G., *Différence et répétition*, P.U.F., París, 1968. Cfr. págs. 136-141 y *Logique du sens*, Les Editions de Minuit, 1969. Cfr., págs. 190-197.

<sup>32</sup> FOUCAULT, M., *Theatrum philosophicum*, Critique, noviembre, 1970. n.º 282, t. XXVI, éd. Minuit, págs. 885-908, pág. 906. (trad. Anagrama, Barcelona, 1972, pág. 44).

<sup>33</sup> Como es sabido, en Aristóteles lo natural es la finalidad más espontaneidad y lo artificial finalidad sin espontaneidad. Los monstruos no serían sino el ejemplo de una espontaneidad sin finalidad. Física II (8) 199b.

los puntos en los que los discursos se transforman en, a través y a partir de las relaciones de poder<sup>34</sup>. Ahora, nuestra metáfora espacial, al hilo de la propuesta de Foucault, es la del **laberinto**. Obsesión común a Raymond Roussel y a Julio Verne<sup>35</sup>, inscritos en el mismo esfuerzo para abolir el tiempo mediante la circularidad del espacio. Frente al espacio comunicativo, polimorfo, continuo e irreversible de la **metamorfosis** (espacio de la bestia humana) se ofrece ahora el espacio rígido, cerrado, tachado y cubierto, del retorno y del tesoro: es el espacio de los Argonautas o del **laberinto**<sup>36</sup>.

La **metamorfosis** sigue el orden, el tiempo, y es paso (tránsito) con largas horas de paciencia (paciencia de domador) e innumerables repeticiones, a fin de lograr virtuosismo y maravillosos hábitos, frente a los que los monstruos funcionan como indisciplina. El **laberinto** es un espacio, un espejo al otro lado del cual se encuentra lo idéntico, espejo de la muerte y del nacimiento, lugar inaccesible a todas las **metamorfosis**. Allí las diferencias se reúnen y reencuentran la identidad. En la **metamorfosis**, los monstruos son indisciplinados y anacrónicos; en el **laberinto**, juegan enigmáticamente. En la **metamorfosis** se daban a ver, aparecían en una especie de cuasi-teatro; en el **laberinto**, el paisaje está escondido: nada se da a ver.

Pero nuevamente lo uno juega **con** lo otro. Cabe un procedimiento, **el Procedimiento**: a partir de un azar verbal que él desdobra, hace brotar por metamorfosis todo un tesoro de diferencias, cuya identidad reencuentra, uniéndolas por un laberinto de palabras<sup>37</sup>. El espacio es ahora un espacio de palabras, en el que quizá se cruzan el laberinto (la línea al infinito, la perpetua diferencia, la pérdida en lo Otro) y la metamorfosis (el círculo, el retorno a lo mismo, el triunfo de lo idéntico)<sup>38</sup>.

<sup>34</sup> «Será necesario hacer una crítica de esta descalificación del espacio que reina desde hace varias generaciones. ¿Ha comenzado en Bergson o antes? El espacio es lo que estaba muerto, fijado, no dialéctico, móvil. Por el contrario, el tiempo era rico, fecundo, vivo, dialéctico.» FOUCAULT, M., *Preguntas a M. Foucault sobre la geografía*, en *Microfísica del poder*. o.c., págs. 11-124, pág. 117.

<sup>35</sup> Cfr. FOUCAULT, M., *Raymond Roussel*, éd. Gallimard, París, 1963. pág. 211 (trad. Siglo XXI, Buenos Aires, 1973. pág. 189).

FOUCAULT, M., *L'arrière Fable, à propos de J. Verne*, L'Arc n.º 29, 1966. 96 págs., págs. 5-12. \*

<sup>36</sup> Cfr. FOUCAULT, M., *La métamorphose et le labyrinthe*, La Nouvelle Revue Française, avril, 1936, n.º 124, págs. 638-662 (trad. en *Raymond Roussel*, o.c., págs. 89-113).

<sup>37</sup> FOUCAULT, M., *La métamorphose et le labyrinthe*, a.c., pág. 658 (trad. 110).

El propio Foucault subraya aquí que «la soberanía del Procedimiento puede leerse aún en todos esos monstruos dobles, en todos esos nacimientos ocultos.»

<sup>38</sup> FOUCAULT, M., *La métamorphose et le labyrinthe*, a.c., pág. 661 (trad. págs. 112-113).

## La identidad y diferencia como apertura del discurso

Ahora sí, la historia es historia efectiva —no la de los historiadores—, el tiempo, capaz de superar su mal crónico en este presente que no cesa de volver como singular diferencia, hasta constituirse en un espacio de palabras; palabras que se da a su vez como fragmentos sucesivos y diferentes. Pero ello no supone el fin de la inquietud: hay algo más terrible que el grito diferenciador de los monstruos o la muda identidad de los fósiles que se inscriben en un continuo. Cuando se atiende, no a las representaciones que puede haber detrás de los discursos, sino a los propios discursos, se abre paso algo asimismo inquietante: *una pequeña (y quizá odiosa) maquinaria que permite introducir en la misma raíz del pensamiento el azar, el discontinuo y la materialidad*<sup>39</sup>.

El monstruo no sigue ya el modelo de la **lepra**, no cabe ser reducido en otro espacio, encerrado en él. El es cierre: el límite que todo espacio es. El modelo de la lepra debe ser sustituido por el modelo de la **peste**, que a todos alcanza, la peste de las palabras que juegan implacablemente en el laberinto. Y hay palabras precisamente porque hay límite, porque la distancia no es ya de lo uno a lo otro, sino de lo uno a sí mismo. El cuidado de sí (**le souci de soi**), la constitución de sí, es ahora **mismo**, cuidado **mímico** e inquieto, **cura (Sorge)**. El juego es, por tanto, serio.

El secreto es ahora absolutamente superficial, corre de enunciado en enunciado: la finitud constitutiva es la monstruosidad testaruda, simple choque de cosas. Desde este punto de vista hay un límite: la muerte. Y no hay solución, como irónicamente señala Foucault, ni con **resurrectina más vitalium**<sup>40</sup>. Sólo quizá cabría coquetear con ella, siguiendo los pasos de la metamorfosis *cuyo objetivo fue siempre hacer triunfar la vida uniendo a los seres o engañar a la muerte haciéndolos pasar de una figura a otra*<sup>41</sup>. Sin embargo, con ello caeríamos de nuevo en la filosofía de la representación, no atendiendo a lo que en verdad las cosas son: un conjunto de enunciados.

Este intento de engañar a la muerte, según la sugerencia de Foucault, se realiza históricamente por esa filosofía de la representación que conduce a la **dialéctica**, que no libera lo diferente, sino que por el contrario garantiza que siempre estará atrapado. **Lo mismo** se ofrece como soberano y, paternalistamente, deja ser a la diferencia, pero bajo la ley de lo negativo, como momento del no-ser. Y mientras tanto, en

<sup>39</sup> FOUCAULT, M., *L'ordre du discours*, o.c., pág. 61 (trad. pág. 49).

<sup>40</sup> FOUCAULT, M., *La métamorphose et le labyryntyhe*, a.c., pág. 649 (trad. pág. 101).

<sup>41</sup> FOUCAULT, M., *La métamorphose et le labyrynthe*, a.c., pág. 650 (trad. pág. 103).

secreto, la contradicción trabaja para la salvación de lo idéntico. De aquí que para Foucault, a instancias del decir de Deleuze, *para liberar la diferencia precisemos de un pensamiento sin contradicción, sin dialéctica, sin negación, un pensamiento que diga sí a la divergencia, un pensamiento afirmativo cuyo instrumento sea la disyunción, un pensamiento de lo múltiple, un pensamiento que se dirige a una multiplicidad de puntos extraordinarios, que se desplaza a medida que se distinguen sus condiciones y que insiste, subsiste en un juego de repeticiones*<sup>42</sup>. Para Foucault-Deleuze tal quehacer pasa, en este punto, por la supresión de las categorías, la afirmación del carácter unívoco del ser y la revolución repetitiva del ser alrededor de la diferencia. En definitiva, monstruos y fósiles carecían de fantasma y acontecimiento, y éstos son finalmente la condición para pensar aquéllos.

Tal multiplicidad de puntos extraordinarios, que se desplaza a medida que se distinguen sus condiciones, muestra hasta qué extremos el acontecimiento se vuelve indefinido, cómo la sucesión de epistemes en Foucault se ve correspondida por diversos modos de relación en ese juego serio de la continuidad-discontinuidad, identidad-diferencia, lo que posibilita que tal acontecimiento se repita como el singular universal. El espejo del laberinto es así **écart**, abertura, esguince, desvarío, digresión, y las palabras, que pretendían ser un ritual contra el dolor y la muerte, nos consagran como cuerpos **sujetos** concretamente **de** enfermedad y muerte. Pero, en esa medida, capaces de decir-se, constituirse y cuidar de sí: **se soucier de soi**.

La diferencia es con ello, también, la distancia-apertura entre el **yo continuo de lo idéntico**, monstruo y fósil a un tiempo, que en Foucault se desarticula en cuanto se recompone el lenguaje, aquel **je, moi**, que se ofrece con máscara de hombre (de modo de ser entre dos modos de ser del lenguaje), y el **sí mismo por constituirse** como diferente en ese seno espacial de palabras, en el que cabe la posibilidad de ser problemáticamente idéntico; lo suficiente para constituirse en sujeto de deseo: preocupación y cuidado (**souci de soi**). La diferencia es apertura entre **aquella** identidad y **esta** diferencia.

Así, la pregunta por la constitución histórica del ser se enfrenta y afronta en la constitución del sí mismo como sujeto, tomando como campo de juego a la historia del hombre de deseo: *a través de estos juegos de lo verdadero y de lo falso, el ser se constituye históricamente como experiencia, como pudiendo y debiendo ser pensado*<sup>43</sup>.

<sup>42</sup> FOUCAULT, M., *Theatrum philosophicum*, o.c., pág. 899 (trad. págs. 32-33).

<sup>43</sup> FOUCAULT, M., *L'usage des plaisirs*. Histoire de la sexualité 2, éd. Gallimard, París, 1984, págs. 12-13 (trad. Siglo XXI, Madrid, 1987, 240 págs., pág. 10).

El fantasma es ahora lo pensado y el acontecimiento el pensamiento. ¿Cómo pensar sin embargo en este cuidar de sí ese desvarío y digresión? *Pensar* —como señala Foucault— *ni consuela ni hace feliz. Pensar se arrastra lánguidamente como una perversión, pensar se repite con aplicación sobre un teatro; pensar se echa de golpe fuera del cubilete de los dados. Y cuando el azar, el teatro y la perversión entran en resonancia, entonces el pensamiento es un trance, y entonces vale la pena pensar*<sup>44</sup>. Pensar sin posibilidad de reconocimiento en un espacio que nos impulsa a sus límites y se desplaza sin cesar, en una escisión en la que sólo cabe ser problemáticamente. Ese laberinto lleno de enunciados es ahora, con Foucault, el monstruo y el fósil al fin efectivos: recuperan su capacidad de asombrar, sosteniendo y disponiendo con su escisión la necesidad de la filosofía.

<sup>44</sup> FOUCAULT, M., *Theatrum philosophicum*, o.c., pág. 904 (trad. pág. 41).